Arthur Schopenhauer

El arte de tratar con las mujeres

Edición de Franco Volpi

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Kunst, mit Frauen umzugehen*
Traducción de Fabio Morales

Primera edición: 2008
Segunda edición: 2011
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Verlag C. H. Beck oHG, München, 2006
© de la traducción: Fabio Morales García, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5135-4
Depósito legal: M. 12.409-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Introducción, por Franco Volpi

33 El arte de tratar con las mujeres

35 1. La naturaleza de la mujer
39 2. Diferencias con el hombre
44 3. Obligaciones naturales de la mujer
47 4. Sus cualidades
49 5. Sus defectos
52 6. Cómo escoger a la mujer adecuada
57 7. El amor
66 8. El sexo
76 9. El matrimonio
87 10. ¿Monogamia o poligamia?
91 11. Los derechos de la mujer
94 12. La profesión más antigua
96 13. Las mujeres, la cultura y las artes
100 14. Las mujeres y la sociedad
104 15. Las damas y la caballerosidad
107 16. Otras cosas que hay que saber
113 17. Elogio de las mujeres

115 Ediciones de Schopenhauer utilizadas

Introducción

Por Franco Volpi

«Si el mundo es producto de un capricho divino, entonces la mujer es el ser mediante el cual el Creador todopoderoso quiso mostrarnos del modo más fehaciente el lado imprevisible de Su propia naturaleza inescrutable.» Esta ocurrencia, que probablemente no está muy alejada de una de las convicciones más arraigadas del espíritu masculino, debería bastar por sí sola para convencer a todos, hombres y mujeres por igual, acerca de la utilidad del presente opúsculo. Se trata de un tema ciertamente espinoso, pero insoslayable.

¿Qué nos pueden enseñar los filósofos –por el hecho de ser, por definición, guardianes de la sabiduría, y una catástrofe en cuestiones amorosas– acerca de cómo relacionarnos con las mujeres? ¿Qué nos aconsejan para controlar la temida volubilidad femenina y apaciguar a este insondable objeto de

nuestros deseos? ¿Qué estrategia proponen para curar al bello sexo de sus manías?

1. Filósofos y mujeres: estampas de una alianza rota

Desde la antigüedad, filósofos y mujeres no se han avenido bien. Al repasar la historia de este conflicto en la historia de la filosofía, podría tenerse la impresión de que la filosofía siempre ha sido eminentemente cosa de hombres.

Una mirada más atenta, sin embargo, permite pronto constatar que la época antigua no careció en manera alguna de filósofas. Ya en el siglo I a.C. el filósofo estoico Apolonio halló suficiente material como para escribir una historia del pensamiento femenino, y Filócoro dedica todo un libro a las filósofas pitagóricas, que fueron, en efecto, legión. Pero especial gratitud debemos a Gilles Ménage, escritor, erudito y asiduo asistente de la tertulia literaria de Rambouillet, amén de personaje admirado por Madame La Fayette y Madame de Sévigné; la posteridad, empero, lo conoce sobre todo por la caricatura que de él esbozara Molière con la figura de Vadius en su comedia *Las mujeres sabias*. Ménage, paciente escrutador de los siglos, escribió en 1690 una *Historia mulierum philosopharum,* que todavía hoy se puede leer con provecho.

Por supuesto, cabe la pregunta: ¿Cómo es que no ha sobrevivido un solo pensamiento de todas las encantadoras filósofas citadas en la mencionada obra? ¿Por qué la Furia destructora no ha perdonado ni un solo fragmento? ¿Es sólo una casualidad, o deberíamos pensar, junto con Hegel, que la Historia del Mundo ha fungido una vez más como tribunal de éste? En otras palabras: ¿No será que tales ideas no merecían realmente ser conservadas?

Comoquiera que haya que zanjar la cuestión, la historia de la filosofía occidental, con independencia de las posiciones, sistemas y escuelas que haya podido adoptar, ha contribuido no poco a este olvido. En cuanto a mantener a raya a las mujeres, sea por principio o de hecho, escatimándoles un papel activo en la filosofía, ha hecho gala de una impresionante uniformidad. Si no fuera porque la comparación es algo cómica y nada original, cabría aventurar la tesis siguiente: así como Heidegger ha afirmado que la filosofía occidental adolece de «un olvido del Ser», así también se puede decir que está aquejada por algo mucho más insólito, a saber, «un olvido de la mujer».

Desde Tales, blanco de las burlas de una joven tracia, pasando por Wittgenstein, involucrado en los enredos de Marguerite, los filósofos han contribuido de manera sistemática, tanto de palabra como de obra, al mencionado ostracismo. Una prueba –no por indirecta menos palpable– de la fractura de esta relación es, por ejemplo, que ninguno de los fi-

lósofos más remotos, los denominados presocráticos, contrajo matrimonio. El primero en dar ese paso habría sido Sócrates, que desposó a Jantipa... y ya sabemos cuáles fueron los resultados.

Incluso Platón, que tomó a Sócrates como modelo en casi todas las cuestiones filosóficas, se cuidó mucho de seguir sus pasos a este respecto. Es cierto que en la *República* reclama para las mujeres igualdad de derechos y les franquea el acceso a los estudios de filosofía; pero en esta obra bosqueja sólo una utopía. En cambio, cuando expone en el *Timeo* su doctrina de la transmigración, da por sentado que las almas fueron originariamente masculinas. Y aquellas que luego vivieran deshonestamente estaban forzadas a encarnarse en un cuerpo femenino, e incluso, si reincidían en su mal comportamiento, en el cuerpo de un animal irracional.

Otro discípulo de Sócrates, el cínico Antístenes, afirmó que el amor es un pecado de la naturaleza, y que si Afrodita se hubiera puesto al alcance de su arco, no habría dudado en atravesarla con una flecha (según Clemente de Alejandría, *Stromata* II, 20, 107, 2). Y su alumno Diógenes de Sinope recomendaba salir del paso practicando la masturbación (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres,* VI, 2).

Para encontrar a un gran filósofo capaz de tener un matrimonio normal hay que esperar a Aristóteles, quien efectivamente supo armonizar vida con-

templativa y vida conyugal. Desposó a Pitia y tuvo una hija con ella. Y no sólo eso: tras enviudar, acogió en su casa a una segunda mujer, Herpilis, que le dio un segundo hijo, Nicómaco. Dada la ternura con que evoca a las dos en su testamento, cabe suponer que se trató de relaciones felices: el Estagirita dispuso que los restos mortales de su esposa fueran enterrados junto a los suyos, y legó a Herpilis parte de su herencia.

Y, sin embargo, para corroborar cuán arraigada estaba la idea de la incompatibilidad entre el ejercicio de la filosofía y la relación con las mujeres, basta con observar la calumnia que los siglos venideros le achacaron al intachable «Maestro de los que saben» (como lo denominara Dante), en la que el filósofo sale bastante mal parado en sus relaciones con el otro género. Se trata del tema de Aristóteles y Filis, el sabio y la hermosa cortesana, llegado a nosotros desde Oriente *(Pañcatantra)* por mediación árabe, y que se vio reflejado en abundantes narraciones y representaciones artísticas medievales, entre las que se cuenta una célebre xilografía de Hans Baldung (apodado Grien). Filis conoce al joven Alejandro –cuya educación había sido confiada por su padre, Filipo, rey de Macedonia, a Aristóteles– y con sus encantos lo distrae de sus estudios. Aristóteles se queja ante el rey, que en consecuencia le prohíbe al apasionado joven sus encuentros con la dama. Esta última se desquita del filósofo prometiéndole sus

favores a cambio de que acepte caminar a gatas paseándola sobre su espalda. Seducido por la curvilínea beldad, Aristóteles da su consentimiento, ignorante de que ésta ha advertido al rey del insólito espectáculo. El gran pensador se ve luego convertido en el hazmerreír de la corte macedónica. Avergonzado, se retira a una isla y escribe un tratado sobre las artimañas femeninas[1].

Los siglos que siguieron no mostraron un mejoramiento sensible de las relaciones entre filósofos y mujeres. Ni siquiera la época moderna supuso un cambio al respecto. El propio Kant, adalid del iluminismo, quien elevó a principio la audacia de valerse del entendimiento propio para enfrentar cualquier prejuicio o autoridad, parecía quedarse a oscuras cuando de mujeres se trata. Es cierto que el gran filósofo emancipa a la mujer de su primitiva y brutal sumisión al hombre y le reconoce el derecho a la «galantería», es decir, a la «libertad de tener públicamente otros hombres como amantes». Pero, por otro lado, le niega la facultad de votar y se hace eco de toda una serie de prejuicios, observaciones irónicas e impertinencias sobre el género femenino, a los que presenta además como resultados científicos de una «antropología de cuño pragmático». ¿Un botón de muestra? «Mujeres son flaquezas.»

1. Cf. al respecto Reinhard Brandt, *Philosophie in Bildern,* Colonia: DuMont, 2000, pp. 201-216.

Hans Baldung, llamado Grien: *Aristóteles y Filis.*
Grabado, 1513. AKG.

O: «Un hombre es fácil de entender, pero la mujer no revela su íntimo secreto, aunque (por su locuacidad) sea mala guardiana de los ajenos». Y prosigue: «La mujer adquiere su libertad con el matrimonio; en cambio, el hombre la pierde». «Éste anhela *la paz del hogar,* y se somete de buena gana al imperio de la mujer con tal de que no lo distraigan de sus ocupaciones. Aquélla, en cambio, no se arredra ante la *guerra doméstica,* que libra con su lengua, ya que la naturaleza le otorgó la afición a hablar y una elocuencia afectuosa capaz de desarmar al marido.» Y sobre la cultura femenina: «Las mujeres ilustradas se valen de sus libros como de su reloj, el cual poseen para que se vea que tienen uno; pero éste, por lo general, está parado o no ha sido alineado con el sol»[1]. Todo ello hace suponer que no sería extraño que Kant –un Kant a primera vista intachable– hubiera servido de modelo, en lo que se refiere al juicio sobre las mujeres, para las mordacidades de un Schopenhauer o de un Nietzsche.

Sea como fuere, lo cierto es que, en líneas generales, los grandes filósofos parecen tener problemas para relacionarse con las mujeres y el amor. Y cuando por fin lo intentan, aparecen las desgracias, y el único resultado son las catástrofes y el caos: así sucedió en la relación de Abelardo con Eloísa, de

1. *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* (1798), en: *Kants gesammelte Schriften,* ed. por la Academia Prusiana de las Ciencias, vol. VII, Berlín: Reimer, 1907, pp. 303-311.

Nietzsche con Lou, de Weber con Marianne, la joven pianista Mina y Else, de Scheler con sus numerosas amantes, de Heidegger con Hannah o de Wittgenstein con Marguerite. Ello para no proseguir la embarazosa enumeración de casos adicionales, a la que sólo cabría oponer contadas excepciones: el amor de Schelling hacia Caroline, el de Comte hacia Clotilde, hasta cierto punto la vida conyugal de Simmel y Gertrud (autora de importantes obras escritas bajo seudónimo) o el avasallador encuentro entre Bataille y Laura.

2. El caso Schopenhauer

Lo anterior nos induce a formular una recomendación hermenéutica: quien lea el presente opúsculo debe tener presentes las condiciones y circunstancias en las que surgieron las obras de Schopenhauer, signadas por el peso de una tradición «machista» y prejuicios obviamente atávicos. Con todo, hay que reconocerle a este autor el mérito de haberse ocupado seriamente de la tensa relación entre la filosofía y las mujeres, relación que, tras él y Nietzsche, ya nadie seguiría pasando por alto[1].

1. Sobre Schopenhauer y las mujeres se requiere aún una investigación a fondo, comparable a las que existen sobre Nietzsche: Carol Diethe, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip,* Berlín/Nueva York: de Gruyter, 1996. Mario Leis, *Frauen um Nietzsche,* Reinbek: Rowohlt, 2000.

A decir verdad, las cosas ya habían empezado a cambiar en tiempos de Schopenhauer. Las grandes mujeres de la Ilustración y del Romanticismo expresaron con meridiana claridad que había llegado la hora de dejar a un lado las actitudes prepotentes y allanaron de este modo el terreno para la posterior marcha de la mujer hacia su emancipación. Desde que el joven Friedrich Schlegel en su tratado *Sobre Diótima* (1795) elevara la figura femenina del *Banquete* de Platón a prototipo de la mujer nueva que buscaba en el Eros su propia realización, y sobre todo tras la publicación de la novela *Lucinda* (1799), inspirada no ya en Platón, sino en Dorothea Mendelssohn, quien había abandonado a su marido para casarse con Friedrich Schlegel, se había producido un verdadero cambio de rumbo. Aparte de esta última, fueron muchas las figuras femeninas que comenzaron a adherirse sin prejuicios a la nueva forma de vida, como por ejemplo Germaine de Staël, amante de Talleyrand, que vivió primero una turbulenta aventura amorosa con Benjamin Constant y luego una relación más serena y espiritual con el mencionado Schlegel; Caroline Michaelis, apodada «Madame Lucifer», que desposó, tras la muerte de su primer marido, a August Wilhelm Schlegel, y más tarde a Schelling; Henriette Herz, que enseñó hebreo a un entusiasta Wilhelm von Humboldt, e italiano a Schleiermacher; luego, Caroline von Günderrode, la infeliz amante de Friedrich Creuzer, que